

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo, Y bendijo el día sétimo, y santificólo. Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

DOMINICA DE QUINGUAGÉSIMA.

DE LA CEGUERA ESPIRITUAL.

Iba Jesús á Jerusalem con sus discípulos, seguido de muchas gentes, y aconteció que aproximándose á Jericó, estaba un ciego sentado cerca del camino, pidiendo limosna.

Y cuando oyó el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le dijeron que pasaba Jesús Nazareno. Entonces el pobre ciego comenzó á gritar, diciendo: Jesús hijo de David, compadécete de mí. Y los que iban delante le reñían para que callase. Pero él gritaba mucho mas: Hijo de David, ten misericordia de mí. Y Jesús parándose, mandó que se le trajesen. Y cuando estuvo cerca le preguntó, diciendo: ¿Qué quieres que te ha-

ga? Y él respondió: Señor, que vea. Y Jesús le dijo: Pues vé, tu fé te ha hecho salvo. Y al punto vió, y le seguía glorificando á Dios. Y cuando vió el milagro todo el pueblo, dió loor á Dios.

¡Cuántos ciegos espirituales están mendigando en los caminos del mundo! Andan como ciegos innumerables cristianos porque pecaron contra el Señor (1). Su malicia los ciega (2). El pecador es un ciego que vive como de asiento en las tinieblas del error y de la culpa. No conoce su desgracia. Se tiene por sábio y es un nécio, se considera rico, dichoso y honrado, y no sabe que vive en la indigencia, en la miseria, en la desnudez y en el deshonor. *Nescis quia tu miser es et miserabilis, nudus, pauper et cæcus?* (3). Se

1 Sopho. I.

2 Sap. II.

3 Apoc III.

entregó al vicio, y el vicio le dejó ciego; se rebeló contra Dios, verdad infinita y soberano bien, y se oscureció la luz de su alma, quedando reducido á la condicion de un ciego que pide para su inteligencia oscurecida y para su corazon empobrecido la degradante limosna del error y del pecado. *Cæcus quidam sedebat sæcus viam, mendicans.* ¡Lamentable ceguera! ¿Cómo hay tantos ciegos de espíritu que no ven la luz del sol en pleno medio dia? ¿De dónde trae su origen esa gravísima dolencia? ¿Y no habrá medicina que pueda curarla? Sí; hay remedio para la ceguera del espíritu; todos los ciegos pueden ver si obran como el ciego de Jericó.

A fin de que los pecadores conozcan su lamentable situacion y recobren la vista del alma, y puedan gozar las bellezas de la verdad y los tesoros de la virtud, expondré la gravedad de la ceguera espiritual, sus causas generadoras y la manera de lograr su curacion.

No hay duda que la ceguera del alma es mas lamentable que la ceguera el cuerpo, Enseña la filosofia por los lábios de Aristóteles (4) que cuanto más noble es una cosa, mas profunda y deplorable

es su corrupcion. Y como el alma es mas noble que el cuerpo, y las potencias espirituales son mas nobles que las potencias corporales, preciso es confesar que la ceguera espiritual es mucho mas lamentable que la ceguera corporal, y cuando ambas cegueras se juntan en un mismo sujeto, no hay entendimiento que pueda sondear el abismo de tamaña desventura.

El ciego de cuerpo busca un lazarillo y se apoya en un báculo que al mismo tiempo le sirve para conocer la presencia de los obstáculos y evitarlos, pero los ciegos espirituales no se curan de buscar un guía, y marchan de error en error, de pecado en pecado, de precipicio en precipicio para venir á caer en el abismo del infierno de donde nunca se sale porque allí no hay redencion. Hasta la razon pagana, rodeada de tantas tinieblas conoció la gravedad de esta dolencia y se quejaba con amargura de esta desgracia por boca de Seneca, el cual decia á Lucilo: *Cæci ducem qæerunt, nos sine duce erramus.* Los ciegos buscan guia, y nosotros careciendo de él, erramos miserablemente.

Nosotros los cristianos, discipulos de Jesucristo, sol de las almas, vivimos rodeados de res-

4 2. Topic.

plandores, y nos rebelamos contra la luz, tenemos á Dios por gúfa y á sus ministros por conductores, y no obstante hay muchos hombres que dicen á Dios; retirate de nosotros, *Recede á nobis* (1). Porque no queremos la ciencia de tus caminos.

El ciego corporal conoce su ceguera, sabe que esta ciego, comprende su desgracia y desea ver la luz como el ciego de Jericó que preguntado por el divino Médico acerca de su deseo, respondió con lastimero acento: Señor, lo que deseo, lo que quiero, lo que te pido con todas las veras de mi alma es que vea la luz. Sabía que es dicha grande y dulcísimo gozo el ver la luz hermosa de los cielos (2). Pero el ciego espiritual no conoce su ceguera; antes bien se tiene por muy avisado y mas sábio que los demás de donde se origina en su alma un aumento de oscuridad y cada dia se hace mas incurable su triste situacion. De estos ciegos que se tienen por hombres de vista despejada, dice el Señor: Si fueseis ciegos involuntarios, no tendríais pecado, mas ahora porque siendo ciegos, decis que estais sanos de la vista y que veis mejor que los demás,

sois culpables de ceguera voluntaria, agravais vuestro pecado y alejais de vosotros las medicinas de Dios (1).

No digo que las tinieblas del pecado oscurecen totalmente la luz de la fé y menos osaria yo afirmar que destruyen las potencias del alma y ménos todavia que lleguen á extinguir la inteligencia, antorcha luminosa que resplandece en las alturas sagradas de nuestro espíritu; pero afirmaré resueltamente que hay muchos ciegos espirituales, que, ó no ven la verdad, ó ven las cosas del revés. Hay hombres muy hábiles en las ciencias naturales, en las letras, en las artes, en los negocios; pero habladles de Dios, del alma, de su destino, de la piedad, de la oracion, de la gracia, de los sacramentos, de las virtudes cristianas, de sus bellezas encantadoras y de sus goces purísimos; habladles de la redencion, de su precio infinito, de su soberana eficacia, de los misterios cristianos, de sus grandezas sublimes y de sus arrobadoras armonias, habladles en suma de la ciencia divina, de la salvacion eterna y del arte sublime de ser felices en la eternidad, y quedaréis pasmados de su ignorancia

1 Job. XXI.

2 Eccle. XI.

1 Job. IX.

de sus tinieblas y de su ceguera.

Observad todavía y encontrareis hombres infortunados que llaman bien al mal, fanatismo á la piedad, oscurantismo al Evangelio, barbárie á la civilización y civilización á la iniquidad, al libertinaje, al triunfo de las pasiones y á los desbordamientos de la inmoralidad.

¿No es verdad! que estos hombres han perdido la luz de la fé? Observad finalmente esa multitud de cristianos que se atropellan unos á otros en los caminos de la vida, y descubriréis que son muy activos, y diligentes para el alma de los negocios, pero muy perezosos, y abandonados, en el negocio del alma. Ya dijo Granada que estos hombres son más que linceas para las cosas de la tierra, pero ciegos, más ciegos que los topes para las cosas del cielo.

Ya comprendéis que tan lastimosa ceguera tiene su origen en el pecado, y que entre los pecados figuran como causas generadoras la soberbia, la avaricia, y la lujuria como se expresa el águila de Patmos. La soberbia oscurece el ojo de la fé, y llena de tinieblas los caminos del bien al paso que la humildad es la verdad que todo lo esclarece y lo llena todo con sus suaves y apacibles resplan-

dores. Está escrito que donde reina la soberbia, no puede estar la sabiduría, y que Dios resiste a los soberbios mientras se complace en revelar sus misterios á los humildes. *Ubi humilitas, ibi sapientia* (1).

El avaro también está ciego. Apenas un hombre se deja dominar por la avaricia, pierde el conocimiento, se queda ciego. El lucro, las monedas, las fincas, los bienes terrenos fascinan su corazón, y deslumbran su inteligencia, formando ante su vista un espejismo engañoso fuera del cual no ve nada que merezca su atención y sus cuidados, nada, como no sea la ganancia, y el acrecentamiento de su riqueza. Absorto en la contemplación insensata de aquel espejismo fascinador, olvida los bienes sólidos, los verdaderos bienes. Está ciego. La Escritura santa describe su lastimosa ceguera, diciendo que huye del avaro el espíritu de sabiduría y vende su alma por una moneda, vive sujeto al arado, constituye su gloria en sus máquinas, y en la aguijada con que pica á los bueyes, no habla más que de pastos, agricultura, y ganancias materiales, no habla más que de dinero, de becerros, su corazón está hundido en los

surcos de sus tierras y sus pensamientos en la manteca de sus vacas (1). ¡Desgraciado! Así vive enredado en los lazos de este demonio, perdido en afanes prolijos hasta que la muerte viene á sorprenderle y le encuentra con las manos vacías de buenas obras, y con una alma repleta de maldades.

Hay otras causas generadoras de la ceguera espiritual, como la gula, de la cual dice S. Juan Crisóstomo que hace al entendimiento obtuso y craso, vuelve carnal al alma, ciega la inteligencia, y no le permite percibir cosa alguna. De ella nacen la ira que hace al hombre loco furioso, y la lujuria, la ceguera mas horrenda, la locura mas vergonzosa, la mas furiosa, la mas fecunda en desastres y la más difícil de curar.

¿Y no habrá remedio para volver la vista á tantos ciegos, el sentido cristiano á tantos insensatos y la razón á tantos locos?

Hé aquí un médico divino venido del cielo á curar todas las dolencias del género humano, de este gran enfermo que yacía todo llagado en las tinieblas de la tierra. Jesucristo Nuestro Señor, con su maravillosa doctrina y con el poder de su gracia ha

sido enviado por su Padre á disipar todas las tinieblas que oscurecen los entendimientos y á sanar todas las enfermedades que padecen los corazones. Solo nos pide el deseo, la súplica, la buena voluntad, el anhelo por nuestra curación, y una fé viva, incontrastable, clamorosa, y constante en su poder como la del ciego de Jericó. Pedid y recibireis; pedid luz, y tendréis luz, pedid á Jesús la medicina y seréis curados. La fé, y solo la fé os hará salvos en el tiempo y en la eternidad, Amen.

El trabajo es la escuela de la resignación.—*Degerrando.*

La ociosidad se parece al orin; consume mas que el trabajo.—*Franklin.*

Quien no hace nada, hace muy luego el mal.—*Dupanloup.*

El hombre ocioso en la soledad es como el agua estancada, que se corrompe por falta de salida.—*Zimmerman.*

DOS CIELOS (1).

RELATO HISTÓRICO.

II.

Confidencias.

Francisco retrocedió estupefacto al oír la última expresión de

1 Ecl., XXXVIII.

(1) Véase el número 86.

Alonso. Se pasó la mano por la frente, reflexionó un momento y exclamó:

—No puede ser.

—Hermano mio, lo he resuelto y lo cumpliré. Tus palabras han arrancado un velo de mis ojos, y veo claramente los destinos á que Dios me llama. Francisco, por Dios, no pongas obstáculos á la vocacion divina que en el alma siento.

—Pero reflexiona, querido hermano, que nuestros padres...

—¡Oh!... nuestros queridos padres, tan buenos, tan religiosos, ¿han de oponerse á lo que es voluntad de Dios?... ¡Ellos que están acostumbrados á hacer en su obsequio tan grandes sacrificios.

—Libréme Dios de hacerles la injuria de suponer lo contrario; mas es penoso para un corazón de padre el desprenderse de los seres mas queridos de su alma. Suficiente sacrificio es renunciar á un hijo: no hagas que pierdan la vida al verse precisados á entregar los dos.

—Dios tambien sabe curar la herida con la misma mano con que la hace, y además creo que en lugar del dolor que tú supones, experimentarán indecible alegría viendo á sus hijos consagrados á Dios.

—Pero son ancianos, Alonso, y necesitan un arrimo, un consuelo en las penalidades que consigo trae la vejez.

—¿Y puede abandonarlos Dios que cuida de las avecitas del campo?

Alonso se habia colocado en buen punto: con el nombre de Dios en los labios no habia dificultad que no resolviera inmediatamente. Francisco instó.

—Alonso, estas cosas se meditan despacio: tú te dejas llevar inconsideradamente de un primer impetu de tu corazón juvenil.

—Escúchame, hermano mio: voy á confiarte un secreto que nadie en el mundo mas que Dios, otro y yo hemos sabido hasta ahora. Era yo muy niño, contaba apenas seis años. No puedo recordar sin lágrimas aquella venturosa edad pasada entre los dorados ensueños de la inocencia. Yo era entonces feliz, y tú tambien, hermano mio. Todos los dias al llevarnos á acostar nuestra querida madre nos hacia rezar con ella á la Virgen y á los Angeles: luego nos besaba la frente y nos decia que nos ofreciésemos á Dios.... ¿Recuerdas hermano mio? ¡Ah! cuántas veces al imprimir en mi rostro aquel ósculo purísimo, sentí sus

lágrimas abrasar mi frente!.... Otras veces que yo inocentemente jugueteaba á su lado mientras ella se dedicaba á la costura, la vi permanecer inmóvil con la aguja en la mano, mirándome con los ojos preñados de lágrimas. Yo no comprendía aquel llanto: preguntábale por qué lloraba, y ella, abrazóndome y besándome, ó no respondía, ó decía solo:

—¡Hijo mio, lloro de felicidad!

Una noche estábamos hacia rato acostados: nuestra madre entró en la alcoba y nos dió un beso á cada uno. Yo no dormía: al besarme, lloró como siempre y sus lábios murmuraron estas palabras:

—¡Bendito seas, hijo mio: te crio para Dios: Él solo sabe los altos destinos para que te guarda!

Por aquel tiempo asoló la peste nuestro pueblo. Tú recordarás que en el lecho del dolor yacían á la vez un vecino nuestro y su esposa, pobres jornaleros. Un niño tenían que solía jugar conmigo, niño amable, cariñoso y de piedad superior á sus tiernos años. Aquel niño comía entonces todos los días en nuestra casa: nuestros queridos padres cuidaban de los suyos y les consolaban con la seguridad de que si morían, el pequeño Antonio ten-

dria en nosotros dos hermanos y en nuestros padres sus padres. Gracias á tan exquisitos cuidados, los pobres jornaleros salieron de la terrible enfermedad.

Oyeme bien, Francisco. Uno de los días en que aquellos infelices se hallaban en mayor peligro, Antonio estuvo hablando conmigo y los dos llorábamos.

—Alonsito,—me decía el pobre niño,—¿qué vá á ser de mí si mis pobrecitos padres se mueren?

—No se morirán; Dios lo hará,—le respondí.

¡Ay!... sí, querido amigo; están muy mal y mueren sin remedio.

—¡Pobre Antonio!... Mira; mis padres te quieren mucho y me han dicho que te recojerán.

—¡Benditos sean ellos, Alonso!... ¡Qué buenos son!... Pero, mira; tus padres también pueden morirse, y...

Confieso, hermano mio, que nunca me habia pasado por la imaginación tal idea. Yo que en mi candor infantil, como que creía inmortales á nuestros padres, al oír las palabras de Antonio me estremecí.

—Mi madre me ha dicho siempre,—continuó Antonio,—que los hombres todos perecen; que no espere en los hombres que

me pueden faltar; que me entregue en las manos de Dios que no me faltará nunca.

—Lo mismo, lo mismo me dice mi madre á mi,—le respondi yo. Y despues de un rato de silencio, añadió.

—¿Sabes la idea que se me ha ocurrido?

—¿Qué?

—Yô quiero consagrarme á Dios por medio del Sacerdocio.

—Yo tambien.

Yo voy á hacer de ello solemne promesa mañana mismo en la misa ante la Hostia consagrada.

—Contigo lo haré yo tambien.

—Que Dios se digne aceptar el sacrificio de nuestras almas.

—Le aceptará, Alonso, y El será nuestro padre y cuidará de nosotros.

Al dia siguiente los dos fuimos juntos á la misa parroquial. Al alzar el ministro de Dios el sacrosanto Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, nuestras dos manos se juntaron, y nuestros lábios pronunciaron el solemne voto de hacernos sacerdotes.

—Hermano mio, —continuó Alonso;—ya ves que mi vocacion viene de tiempos atrás, y que no es imprudencia seguirla.

Francisco guardó silencio; estaba lleno de estupor de aquel

acto de su hermano, verificado á los seis años de edad.

(Concluirá)

Un hombre dado á la ociosidad y á la molicie es débil y pequeño su todo. Dios lo rechaza y el mundo lo desprecia tambien, pues no quiere nada que no sea vivo y firme. Rechazado por Dios y por el mundo, es nada; como si no fuera.—*Fenelon.*

El trabajo sério, real, útil, es una obligacion rigurosa, un deber de conciencia, de que no puede lícitamente excusarse ningun hombre.—*Gratry.*

La ociosidad es la ruina inevitable de todas las facultades.—*D'Agnesseau.*

El que trabaja siempre, trabaja mucho, aunque vaya despacio. Hasta las tortugas vienen á nuestros mares desde los mas remotos; porqué? porque no cesan de andar.—*Jovellanos.*

El célebre misionero, P. Pedro Calatayud, solia recomendar á los fieles, que por la mañana, despues de ofrecer á Dios las obras del dia, dijesen esta corta oracion con los brazos en cruz:

Señor mio Jesucristo, por la pureza de nuestro santísimo Corazón dadme pureza de cuerpo y alma, y guardad mi corazón dentro del nuestro, para que no torne más á pecar.